



UNIMINUTO
Corporación Universitaria Minuto de Dios
Educación de calidad al alcance de todos
Facultad de Estudios Bíblicos, Pastorales
y de Espiritualidad

NAVIDAD, UN MUNDO DONDE HAYA LUGAR PARA TODOS

ARTÍCULOS BOLETÍN ACADÉMICO EDICIÓN N° 10 - DICIEMBRE



INSTITUTO
BÍBLICO PASTORAL
LATINOAMERICANO



Centro Fuego Nuevo
Evangelización y Catequesis

Centro
Rafael
García
Herreros 
Pensamiento social de la Iglesia



CJM Virtual
UNIDAD DE ESPIRITUALIDAD
BUDISTA

NAVIDAD, UN MUNDO DONDE HAYA LUGAR PARA TODOS
BOLETÍN ACADÉMICO EDICIÓN No 10 - DICIEMBRE 2021

P. Fidel Oñoro Consuegra, CJM
*Decano Facultad Facultad de Estudios Bíblicos,
Pastorales y de Espiritualidad*

Dr. Alirio Raigozo Camelo
Director del boletín

Ivonne Adriana Méndez Paniagua
*Secretaria Académica Facultad de
Estudios Bíblicos, Pastorales y de Espiritualidad*

P. Wilton Sánchez (Dioc. Chiquinquirá)
Director Instituto Bíblico Pastoral Latinoamericano (IBPL)

P. Álvaro Duarte, CJM
Director Unidad de Espiritualidad Eudista (UEE)

P. Hermes Flórez, CJM
Director Centro Rafael García Herreros (CRGH)

Fabio Camacho Pardo
Director Centro Fuego Nuevo (CFN)

Noticias Internacionales

Hans Schuster

Diseño, diagramación y Publicación

Juan David Forero Orellanos

Camilo Muñoz

Corrección de estilo

Norma Constanza Reyes Escobar

Karol Andrea Valencia Avilés

Colaboración:

P. Rafael García Herreros, CJM, Dr. Alirio Raigozo Camelo,
P. Juan Elías Muñoz Gómez, p.s.s., Mg. Manuel Tenjo Cogollo, Diác. Geovanny Colorado, CJM, P. Anyelis Sandro Cuesta Alfonso

**Facultad de Estudios Bíblicos, Pastorales
y de Espiritualidad - FEBIPE**

Transversal 73A # 81 I - 19 Barrio Minuto de Dios

Teléfono: 2916520. Ext.: 6162

Bogotá, D.C., Colombia



<u>El Espíritu del misterio de Belén</u>	<u>4</u>
<i>P. Rafael García Herreros, CJM</i>	
<u>Navidad, ¿tiene que ver algo con la manera de construir sociedad?</u>	<u>7</u>
<i>Dr. Alirio Raigozo Camelo</i>	
<u>¿Esta Navidad sí es nuestra, sí es tuya, sí es mía?</u>	<u>11</u>
<i>P. Juan Elías Muñoz Gómez, p.s.s.</i>	
<u>Desarrollar la capacidad de asombro</u>	<u>15</u>
<i>Mg. Manuel Tenjo Cogollo</i>	
<u>NAVIDAD, la escuela para aprender a dar y recibir</u>	<u>19</u>
<i>Diácono Geovanny Colorado, CJM</i>	
<u>Navidad es dejar fluir la alegría que tiene como centro el acontecimiento de Belén</u>	<u>22</u>
<i>P. Anyelis Sandro Cuesta Alfonso</i>	

EL ESPÍRITU DEL MISTERIO DE BELÉN¹

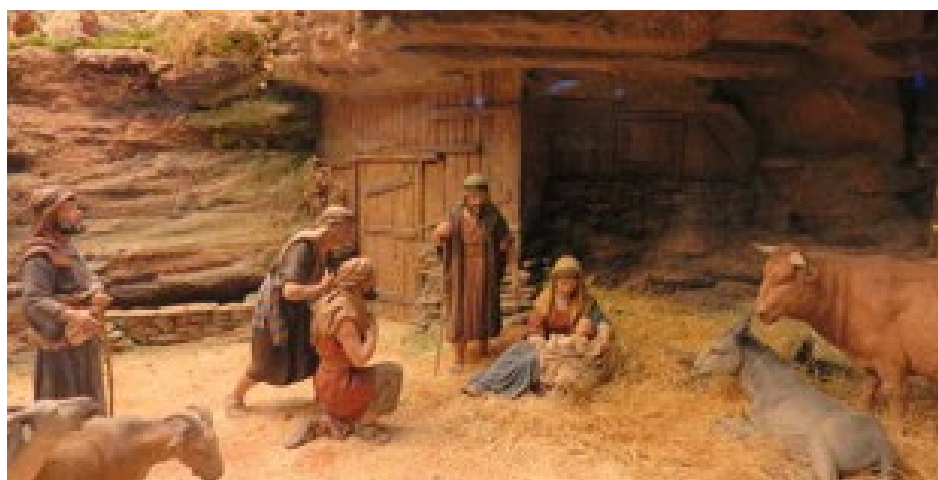
P. Rafael García Herreros, CJM

Plusieurs² se contentent de contempler le corps et l'extérieur, sans passer à l'esprit et à l'intérieur qu'est le principal, le fond, la substance, la vie et la vérité du mystère. (Royaume, III partie, VII 325.)

Para San Juan Eudes y para sus hijos, el misterio de la Nochebuena es, ante todo, de austeridad y de emocionado silencio. No debe florecer tanto la sonrisa ante el pesebre, como la adoración y el rendimiento...

Desnudo, austero, cruel, se presenta ante los ojos del místico normando el nacimiento del Redentor. Esa actitud seria tiene su explicación en el espíritu del misterio, que no es de risa sino de adoración y de recogimiento: "Desnudez, pobreza, gritos..."

"Divino Jesús, que eres la gloria y la felicidad de tu Padre, te hayas en un establo en las bajezas de la infancia, en llantos y dolores..."



<https://www.arguments.es/liturgia/wp-content/uploads/2019/12/el-bel%C3%A9n-carta-apost%C3%B3lica-el-hermoso-signo-del-pesebre-11.jpg>

Para san Juan Eudes, el estado de infancia es más humillante, más doloroso que el de joven o de hombre cabal: *Domine Jesu, qui non solum homo sed etiam infans... pro nobis fieri dignatus est...*

"Oh grande y admirable Jesús, que no te contentaste con hacerte hombre por amor a los hombres, sino que todavía quisiste ser niño y someterte a todas las bajezas y debilidades de la infancia para honrar a tu Padre

¹ Tomado de García H. R. (2008) *Navidad Primera venida de Jesús* págs. 12-14.

² "Muchos se contentan con contemplar el cuerpo y el exterior, sin pasar al espíritu y al interior que es lo principal, el fondo, la substancia, la vida y la verdad del misterio." (San Juan Eudes, Reino, III parte, VII, 325)

eterno en todos los estados de la vida del hombre y para santificar todos los estados de nuestra vida...”.

Cómo superan estas razones, cómo acallan, ante el contemplativo, todos los villancicos populares, las pastorelas, los arbolitos de Navidad llenos de música, de luces y llenos, quizá también, de olvido de la esencia del misterio... “Vamos, pastores, vamos, vamos a Belén, a ver en ese niño la gloria del Edén...”.

La característica de los grandes místicos franceses del siglo XVII, a cuya cabeza está san Juan Eudes, es, sin duda, penetrar en la médula de los misterios... no contentarse con el exterior simplemente, sino pasar “al fondo, a la sustancia, a la verdad del misterio”.

El misterio de la gracia los llevó a una honda desconfianza de la naturaleza humana y de todas sus inclinaciones y de todas sus capacidades... De ese estudio profundo de la gracia, se pasó normalmente al aprecio por el santo bautismo, que nos abre las puertas de la gracia.

La contemplación del misterio del Verbo encarnado los condujo a conocer extraordinariamente la primera consecuencia de la unión hipostática, que es el sacerdocio de Jesús. ¡El estudio del interior de Jesús los llevó al misterio inesperado del divino Corazón!

Tal es la característica de esa escuela mística: la seguridad con que marcha a lo más hondo de los miste-

rios y la audacia con que saca las más audaces y magníficas consecuencias, como arrancan los mineros las esmeraldas en los más hondos socavones.

Respecto del misterio de Belén, la Escuela Francesa comprendió muy bien que era la puerta del gran abismo de luz que es la encarnación del Verbo. Y la Escuela apartó un poco a los pastores con sus zampoñas y con sus gaitas, y levantó los ojos por sobre las ovejitas y los camellos, para entrar “en la sustancia, en la vida, en la verdad” de todo aquello.

Del nacimiento de Belén, san Juan Eudes se levanta a la encarnación nueve meses antes, en el seno de María; de ésta sube al nacimiento eterno en el regazo paternal del Padre...

“Oh Jesús, te adoro en tu nacimiento eterno y en la divina residencia que de toda la eternidad tienes en el seno del Padre; te adoro también en la concepción temporal en el seno de la purísima Virgen, en tu permanencia por nueve meses en sus purísimas entrañas, y tu nacimiento a la luz. Adoro, venero todas las maravillas inefables que en Ti tuvieron lugar en esos misterios... Adoro, amo, bendigo con todo mi corazón tus adoraciones, tus amores, tus bendiciones, tus alabanzas, tus oblaciones y tu íntima relación con el Padre en estos misterios...”.

Ninguno de nuestros lectores negaría que estamos un tanto distantes de la devoción al exterior del misterio: “Ese precioso niño, yo me muero por él; sus ojitos me encantan, su boquita también...”.

Subamos de la Tierra al éxtasis, y escuchemos a san Juan Eudes en su soberbia elevación: “Oh Jesús, Hijo de Dios e hijo del hombre juntamente... Te adoro en tu nacimiento eterno y temporal. Te doy gracias infinitas por toda la gloria que al Padre has rendido... Adoro los pensamientos que sobre mí te has dignado tener desde entonces, porque desde entonces tuviste el designio de formar en mí un retrato perfecto de tu nacimiento y de tu vida. Esa vida divina e inmortal que tu Padre te comunicó, esa imagen perfecta que eres de tu Padre deseas comunicárnosla... ¿Quién podrá agradecerle tales favores?”.

Allá, muy lejos de esta altura, de esta cumbre, a donde nos llevaron los aletazos de nuestro maestro, se oye un dulce rumor, lleno de fe, de cariño sencillo: “Yo, pobre pastorcito, al niño le diré no la bienaventuranza, eso no puede ser...”.

Sigamos con la sublime elevación del místico fundador: “Oh Padre de Jesús, qué contento para mi alma el verte tan amado y glorificado por tu Hijo. Oh Jesús, bendito seas, amado seas, y alabado por el honor y el amor que has tributado a tu Padre, en el feliz momento de tu encarnación”.

A este estado de anonadamiento, de caridad, de sumisión completa a que se redujo por su encarnación, por su estancia en el seno de María, por sus años de impotencia, “de debilidad, de incapacidad, en que el espíritu está encerrado en la flaqueza”, a ese estado en que, según el P. Condren, impli-

ca cuatro bajezas, a saber, “pequeñez de cuerpo, indigencia y dependencia de otro, sometimiento e inutilidad”, debe corresponder en nosotros una actitud especial: el espíritu de infancia.

La Escuela Francesa, sobre todo cuando es san Juan Eudes el que la representa, nunca se queda en las alturas: baja a la práctica, a la realización, al anonadamiento de que es susceptible el hombre ante los misterios.

Y mientras los zagales cantan: “Suenen las panderetas, ruido y más ruido, porque las profecías

ya se han cumplido...”, digamos con el padre Eudes:

“Oh divino Niño Jesús: me doy a Ti para honrar, de todos los modos que te plazca, el misterio de tu infancia. Anonada en mí todo lo que es contrario a la gloria de este misterio. Hazme participe de la sencillez, de la humildad, de la mansedumbre, de la pureza, inocencia, obediencia y de las otras virtudes de tu santa infancia y ponme en un estado de infancia santa y sagrada que imite y honre tu divina infancia”.

NAVIDAD, ¿TIENE QUE VER ALGO CON LA MANERA DE CONSTRUIR SOCIEDAD?

Alirio Raigozo Camelo
Profesor, Facultad de estudios Bíblicos, Pastorales y de Espiritualidad

“Aconteció en aquellos días, que se promulgó un edicto de parte de Augusto César, que todo el mundo fuese empadronado. Este primer censo se hizo siendo Cirenio gobernador de Siria. E iban todos para ser empadronados, cada uno a su ciudad. Y José subió de Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, que se llama Belén, por cuanto era de la casa y familia de David; para ser empadronado con María su mujer, desposada con él, la cual estaba encinta. Y aconteció que estando ellos allí, se cumplieron los días de su alumbramiento. Y dio a luz a su hijo primogénito, y lo envolvió en pañales, y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el mesón.”

(Lc 2, 1-7)

Cuando se insiste en algo específico y esa insistencia se hace 'machacona' es porque, de hecho, sucede o suele suceder lo contrario. Revela, también, que se ha normalizado lo 'anormal'. Veamos algunas expresiones:

- **iProhibido fumar!** Indica que no solo hay un alto consumo de cigarrillo, sino que se fuma donde no se debe, al punto de que hay que empezar, por 'decreto y sanción', a crear espacios físicos para que las personas puedan respirar.

- **iSilencio!**, indica que, en un lugar destinado para un trabajo o una acti-

vidad que requiere concentración, las condiciones no están dadas porque hay mucho ruido.

- **iProhibido arrojar basura en este lugar!** Es un claro ejemplo de que, con mucha frecuencia, olvidamos el ABC sobre el tratamiento de desperdicios. De hecho, el problema se ha extendido a todo el planeta.

- **iNo se dejen robarla esperanza!** Indica que hay, en el mundo, por diversas razones, una fuerte tendencia al escepticismo, al negativismo, al pesimismo.

- **iPor una política limpia!** Sin comentarios.

Y así, podemos alargar indefinidamente la lista. Quizá lo mismo nos ocurre con el título de nuestro boletín ABRIENDO CAMINOS de este mes de diciembre: **NAVIDAD, un mundo donde sí haya lugar para todos...** La navidad, el nacimiento de Jesús de Nazaret, revela el gran deseo de Dios, la utopía propuesta desde el acontecimiento de la encarnación, la gran tarea por realizar. Pero la segunda parte del título de nuestro boletín (...un mundo donde sí haya lugar para todos) revela el problema humano, social y, sin duda, teológico que existe: la exclusión. Esta es una de esas muchas enfermedades de las que el Papa Francisco nos viene hablando. Recordemos sus palabras:

“Ya no se trata simplemente del fenómeno de la explotación y de la opresión, sino de algo nuevo: con la exclusión queda afectada en su misma raíz la pertenencia a la sociedad en la que se vive, pues ya no se está en ella abajo, en la periferia, o sin poder, sino que se está fuera. Los excluidos no son «explotados» sino desechos, «sobrantes».” (EG 53).

La exclusión no es un fenómeno nuevo, ella ha acompañado a la humanidad a lo largo de su historia. La Biblia nos habla, en muchas ocasiones, de ‘esa gente’ que no es tenida en cuenta, que es tratada como si ‘no valiera’, que ‘no entra’ en la mirada de otros, que es considerada ‘peso social’ o ‘sobrante’, a la que ‘otra gente’ aplica aquello de la mal llamada ‘limpieza social’. No se trata, lo sabemos, simplemente de una expresión, sino de prácticas de invisibilización y supresión. Así que hay mucha gente que queda no sólo ‘al lado del camino’ sino fuera del juego, esto es, fuera de la vida, de la participación social, de la posibilidad de reconocimiento.

La Navidad tiene que ver con la cercanía de Dios, con la reconfiguración del corazón humano, con la transformación social, con la preocupación por los excluidos, con el cambio de mentalidad (Rom 12, 1-2) y de las prácticas. Tiene que ver con esa famosa pero difícil opción preferencial por los pobres. Por alguna razón los primeros testigos del nacimiento de Jesús, en los evangelios canónicos, son los pastores, que no era precisamente un ejemplo social de inclusión.

Llega la navidad, y nos encanta ‘armar el pesebre’. Interesante tradición: construimos, con casitas y muñequitos de todos los tamaños y colores, una especie de escenario del mundo. Este es uno de los poderes extraordinarios del símbolo: el pesebre nos hace meditar en el mundo que Dios nos dio, el mundo del que somos responsables, el mundo complejo en el que hay gente ‘dentro y fuera del juego de la vida’, el mundo en el que Dios ha querido entrar para sanarlo y al que nos llama para que colaboremos en esa enorme y urgente tarea, el mundo al que Jesús de Nazaret envía a sus discípulos con una misión muy precisa:

- “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, sino que tenga vida eterna.” (Jn 3, 16).

- “Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él.” (Jn 3, 17)

- “No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal.” (Jn 17,15)

- “Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo.” (Jn 17-18)

Por tanto, hay que pasar del pesebre navideño a la ‘ciudad real’.



Si retomamos el texto bíblico (Lc 2, 1-7), el relato nos dice que para esta familia de Nazaret, para esta pareja necesitada de apoyo, de ayuda y de acogida, **no hubo lugar**. Eso de 'dar a luz en un pesebre' no es una cuestión romántica, sino una cuestión social, una cuestión profundamente antropológica y, en definitiva, una cuestión teológica.

El 'pesebre' genera asombro y nos conmueve, porque manifiesta la ternura de Dios que viene a buscar al ser humano, porque este ser humano sí está INCLUIDO en su corazón. La propuesta es que la humanidad aprenda, a su turno, a ser incluyente, amorosa, cuidadosa del otro, de los otros, de todos. La Navidad nos maravilla, porque el ALTÍSIMO se abaja, para que el ser humano crezca...a la medida de Aquel que se ha encarnado.

La Navidad nos llena de esperanza, porque, a través del don de la vida, siempre misterioso para nosotros, Dios nos invita a una vida plena, con sentido y propósito. En el niño de Belén Dios muestra la ruta, pero hay que saberlo acoger, interpretar, amar y seguir.

Al 'armar el pesebre' estamos invitados a sentirnos implicados en el mundo, en la historia. De hecho, o nos situa-

mos en la historia de salvación que Dios nos abre o en la historia de perdición que el egoísmo humano construye. Por tanto, el pesebre es una invitación ver de frente la pobreza o mejor, a los empobrecidos en el mundo, porque este fenómeno de miseria y exclusión no es una fatalidad, sino del resultado de lógicas y mecanismo sociales, políticos y económicos que permean todos los ámbitos de la vida humana.

Armemos el pesebre, pero no para evadirnos de la historia, sino para encontrarnos con ella. Solo así entenderemos que la estrella, los pastores, los sabios de Oriente y los ángeles son señales de que algo grande está aconteciendo y de que nosotros (no otros) debemos y podemos ponernos en camino para encontrar el auténtico norte de humanización.

No hay que ser ingenuos. Siempre habrá un 'palacio de Herodes' y muchos 'Herodes', en algún lugar del pesebre. También los habrá en muchos lugares concretos de la humanidad. Quizá ese palacio y esos 'Herodes' se construyen cotidiana e imperceptiblemente en nuestro corazón. La historia humana no ha sido ni será 'químicamente pura'. Por alguna razón Jesús dijo: "Siempre ten-

dréis a los pobres con vosotros, y cuando queráis les podréis hacer bien" (Mc 14, 7).

Pero también estarán allí, en el pesebre, María y José, y los pastores, y los sabios de Oriente, todos ellos recordándonos que otro mundo es posible y que -a la escucha de la voz del Altísimo- se descubren cosas nuevas y se perciben las 'maravillas de Dios'.

Y, sobre todo, aparecerá en el pesebre, el día señalado, el niño Jesús, que se transformará en el hombre Jesús, en el revelador de Dios, en el Camino que conduce al Padre, en el Siervo perfecto de Dios, en Aquel que con su entrega total mostró que otro mundo, e el que todos quepan, sí es posible. En definitiva, Sí, Navidad tiene mucho que ver con la manera de construir sociedad.

**¡Ven, ven, ven. Ven a nuestras almas,
Jesús, ven, ven, ven, ven.**

**Ven a nuestras almas; Jesús, ven,
ven a nuestras almas.**

**No tardes tanto, no tardes tanto,
Jesús ven, veni**

¿ESTA NAVIDAD SÍ ES NUESTRA, SÍ ES TUYA, SÍ ES MÍA?

P. Juan Elías Muñoz Gómez, p.s.s.
 Profesor Programa Profesional de Ciencias Bíblicas
 – UNIMINUTO

ESientes el deseo profundo de hacer de tu vida una mano amiga que ofrece apoyo, infunde esperanza y deseos de continuar luchando; alguien que acompaña y escucha a quienes tienen necesidad de experimentar que son alguien, que son personas; una que transforma los obstáculos y barreras en puente que comunica y une corazones y familias destrozadas, amistades pérdidas o alejadas, y quieres hacer esto, porque sabes que son realidades que no faltan en el camino de la vida de tantos seres humanos; una persona que, sintiéndote hija de Dios, haces todo lo que esté a tu alcance para ayudar a tantas personas necesitadas, no sólo material sino moral y espiritualmente, porque descubres que el mejor regalo navideño es, justamente, hacer presencia en las periferias del corazón; si estas junto a otras razones, que van más allá del consumismo exacerbado, esclavizante y despersonalizado en el que llevamos años viviendo nuestra NAVIDAD, hacen parte de tu vida, entonces, puedes contactarte entre aquellos por quienes, tras el nacimiento de Jesús en Belén de Judá, *“la multitud del ejército celestial alababa a Dios diciendo: Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres y mujeres en quien él se complace”* (Lc 2,13b-14).

El Papa jesuita repetidamente nos lo ha recordado, cuando llama nuestra atención sobre el verdadero sentido y colorido cristiano de la NAVIDAD. Nos basta, por ejemplo, recordar algunas de sus reflexiones en la celebración de la última nochebuena. He aquí: “La Navidad es así: el nacimiento de Jesús es la novedad que cada año nos permite nacer interiormente de nuevo y encontrar en Él la fuerza para afrontar cada prueba. Sí, porque su nacimiento es para nosotros: para mí, para ti, para todos nosotros. Para es la palabra que se repite en esta noche santa: «Un hijo se nos ha dado para *nosotros*», ha profetizado Isaías; «hoy ha nacido para nosotros el Salvador», hemos repetido en el Salmo; Jesús «se entregó por y para *nosotros*» (cf. Tt 2,14), ha proclamado san Pablo; y el ángel en el Evangelio ha anunciado: «Ha nacido para *vosotros* un Salvador» (cf. Lc 2,11). Para mí, para vosotros” (PP. Francisco, homilía, 24 de diciembre 2020).



<https://www.vaticannews.va/es/iglesia/news/2017-12/papa-francisco-catequesis-audiencia-navidad-jesus-regalos-reflex.html>

En efecto, el nacimiento de Jesús es vivido por los pastores como un anuncio de alegría para cada uno de nosotros: *“No temáis, pues les anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: hoy, les ha nacido, en la ciudad de David, un salvador, que es el Cristo Señor”* (Lc 2,10). Y es que, la alegría es un tema particularmente conspicuo a lo largo de todo el Nuevo Testamento. Atrevernó a decir que, el mensaje de la alegría atraviesa de principio a fin las sagradas páginas del Nuevo Testamento, no es exageración. Sabemos muy bien que el Evangelio es ante todo la Buena Noticia, noticia gozosa de Jesús para la humanidad. El acto mismo del anuncio del ángel a la joven de Nazareth: *“Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo”* (Lc 1,28) constituye el

pórtico de entrada, para los creyentes de todos los tiempos, al Evangelio de la alegría que ahora comienza a habitar en medio de nosotros (cf. Jn 1,14). El *“alégrate”* (en griego: *jaire*) con el cual comienza el saludo cargado de gracia, que el ángel dirige a María, la jovencita de Nazareth, escogida por el mismo Dios para ser la madre del Mesías, se convierte en la gran ventana que el amor del Padre Misericordioso, que se hace don, ha abierto e inaugurado para cada uno de nosotros al enviarnos a su Hijo; pero, al mismo tiempo, constituye una vocación, a la cual estamos siempre llamados: ser testigos de la alegría del Evangelio que se hace vida en lo cotidiano de nuestra existencia, aquí y ahora.

Cuando así lo buscamos y así sucede, sin duda, la NAVIDAD la vivimos, ofrendamos y compartimos, haciendo sentir que es posible "un mundo donde sí hay lugar para todos", y entonces, el gozo que nos propone el Evangelio se vuelve palabra viva y eficaz (cf. Heb 4,12; 1Pe 1,23), que rompe todas las barreras y periferias existenciales; se vuelve obra de misericordia (corporal y espiritual) vivida, sentida, palpada, que está ahí: viva y operante. En consecuencia, podremos alegrarnos ahora y siempre, ya que vibramos y hacemos realidad con lindas obras de caridad éste llamado del Evangelio; por lo cual, con tantos hombres y mujeres que agradan a Dios (cf. Lc 2,14), podremos testimoniar que esta *navidad* sí es nuestra, sí es tuya, sí es de todos los verdaderos creyentes, sí es de todos los seres humanos de buen corazón.

Llegados a este punto, se presenta delante de nuestros ojos la pregunta, ¿por qué Jesús nació en la simplicidad de un pesebre, cuando era el Mesías esperado y anhelado durante tanto tiempo? (cf. Lc 2,6-7). De manera muy sugestiva, de nuevo, el Papa jesuita nos ofrece sus reflexiones, que al mismo tiempo constituyen todo un programa de vida, bien concreto, para hacer que esta *navidad* sí sea nuestra. "¿Por qué? Para hacernos entender hasta qué punto ama nuestra condición humana: hasta el punto de tocar con su amor concreto nuestra peor miseria. El Hijo de Dios nació descartado para decirnos que toda persona descartada es un hijo

de Dios. Vino al mundo como un niño viene al mundo, débil y frágil, para que podamos acoger nuestras fragilidades con ternura. Y para descubrir algo importante: como en Belén, también con nosotros Dios quiere hacer grandes cosas a través de nuestra fragilidad. Puso toda nuestra salvación en el pesebre de un establo y no tiene miedo a nuestra pobreza" (*PP. Francisco, homilía, 24 de diciembre 2020*).

No hay duda, para que la navidad vuelva a ser nuestra, es necesario tocar con caridad concreta a los niños Jesús de Belén que pasan y deambulan a cada instante por nuestros barrios y veredas, por las calles y avenidas de nuestros pueblos y ciudades, tantas veces sin rumbo fijo, sin techo y con hambre, o experimentando un gran vacío existencial, frustrados y sin deseos de continuar viviendo; hay que *tocar con caridad concreta*, a quienes hacen parte de nuestro círculo familiar más cercano, y quizá, no reconocemos necesitados de esta cercanía y ternura, y icuanto lo necesitan!; es necesario volver a cantar y alegrarse en el ambiente hogareño, con el mismo sentimiento que experimentaron los pastores en las cercanías de Belén (cf. Lc 2,8). Sí, que vuelva la alegría del diálogo, de la ternura, de la comprensión, de la sonrisa familiar y amiga; que vibren siempre los gritos, las sonrisas y la espontaneidad de nuestros niños y niñas; que se sientan los diálogos serenos y apacibles entorno a nuestros abuelitos que nos cuentan con profunda felicidad las más

elevadas y sabias experiencias de la vida; que retornen los cánticos navideños que suenan espontáneos del candor del corazón de los olvidados de la sociedad consumista; sí, que vuelva a vivirse la cena navideña entorno al pesebre, dónde lo primero y central sea dar gracias a Dios por la vida, la familia, la amistad, las bendiciones recibidas a lo largo del año que está terminando, por todas las maravillosas y menos maravillosas experiencias que hayamos vivido durante este año.

El relato del nacimiento de Jesús, también nos cuenta que cuando los ángeles dejaron a los pastores, éstos se decían, unos a otros: *“Vamos a Belén a ver lo que ha sucedido, aquello que el Señor nos ha manifestado”* (Lc 2,15b). Ellos corrieron a contemplar una nueva vida, una familia que, a pesar de las limitaciones y pobreza, en la humildad y simplicidad del pesebre, celebraba la alegría de la vida, del nacimiento del Salvador. Todos estamos invitados a celebrar la alegría de la vida, a pesar de tanto vacío interior, sufrimiento, falta de esperanza, tantas periferias humanas, tanta pobreza material y, sobre todo,

tanta pobreza espiritual y moral, que paraliza los corazones.

Sólo quienes tengamos el valor interior para seguir vibrando y luchando por un mundo nuevo, transformado, evangelizado, amigo y hermano de la caridad hecha don, entrega, sacrificio en favor de los más necesitados, podremos retornar a Belén, para contemplar y celebrar, llenos de gozo, como lo hicieron los pastores, que el amor de Dios se ha hecho vida y ahora lo vemos sonreír en el niño del pesebre. Porque “es Navidad, cada vez que, permites al Señor renacer para darlo a los demás. Es Navidad, cada vez que, estás en silencio para escuchar al otro. Es Navidad, cada vez que, no aceptas aquellos principios que destierran a los oprimidos al margen de la sociedad” (*Santa Teresa de Calcuta*). ¡Jesús niño, que vuelva a ser nuestra, tuya, mía, esta *navidad* y todas las que vendrán!

DESARROLLAR LA CAPACIDAD DE ASOMBRO

Manuel Tenjo Cogollo (mtenjo@uniminuto.edu)
Investigador del Centro Fuego Nuevo

Se escucha con cierta frecuencia la expresión: “eso ya no me sorprende” y otra: “era de esperarse”. Expresiones que se utilizan para hablar de lo bueno que ya no trae nada novedoso y de lo muy deficiente de algo o de alguien que ya acostumbró a realizar tantas barbaridades que ya no extraña otra más.

Sin embargo, para avanzar en todos los aspectos de la existencia, es necesario sorprenderse de los fenómenos que acontecen, sean agradables o desagradables, pues siempre traen una enseñanza y alguna semilla de experiencias nuevas. El P. Gar-

cía Herreros señalaba al respecto del tiempo de Adviento y Navidad: “No dejemos que diciembre se nos vaya solamente en cosas externas. No dejemos que diciembre sea simplemente bailes y regalos. Que haya campo para nuestra fe en Jesús, el Cristo, hijo de María”¹.

Cuando Jesús nació, según lo narra el evangelista Lucas (2,16-21) y fue visitado por los pastores de la región, se pudieron observar varios elementos de sorpresa sobre los que vale la pena reflexionar para aprender de ellos:

¹ García Herreros, Rafael. Navidad, primera venida de Jesús. Colección Obras Completas No. 10. Centro Carismático Minuto de Dios, Bogotá, 2008. Enlace: <https://padrerafaelgarciaherreros.com/su-historia/pensamiento/vida-cristiana/102-que-diciembre-no-se-nos-vaya>



“No dejemos que diciembre se nos vaya solamente en cosas externas. No dejemos que diciembre sea simplemente bailes y regalos. Que haya campo para nuestra fe en Jesús, el Cristo, hijo de María”

Sorprenderse de lo visto

Cuando los pastores de la región encontraron a María, a José y al niño Jesús recostado en el pesebre, lo vieron y se asombraron. De igual manera, cuando María escucha lo que narran los pastores acerca de la aparición de ángeles, se sorprende de lo que está ocurriendo.

Se dice que los sabios, los niños y los científicos se sorprenden con lo que ven, porque todo lo miran como si fuera la primera vez, como turistas que recorren lugares diversos y descubren nuevos paisajes. Aquellos a los que ya nada les causa sorpresa, asombro y admiración, se van quedando en el pasado, en la amargura y en la soledad. Ven pero no perciben nada nuevo, nada importante. Incluso tienden a encontrarle el defecto o lo desautorizan de alguna manera. Así que, para sorprenderse es necesario tener la disposición para aprender de todo, aún de lo que parece que ya conoce o cree conocer. Dicho de otra manera, se requiere un poco de humildad.

Los pastores, María y José viven relaciones de humildad, por eso se sorprenden de lo que ven y de lo que escuchan. Es necesario tener la humildad de quien aprende, la mansedumbre de quien está dispuesto a descubrir horizontes nuevos y la docilidad para dejarse guiar por los auténticos maestros, que, con frecuencia, aparecen donde menos se los espera. En ese mismo sentido, el P. García Herreros señala: “Diciembre, el mes de los pesebres, el mes de los

regalos, el mes de la cena. Pero, sobre todo, el mes de la fe, el mes de restaurar nuestra fe en la encarnación del Hijo de Dios. Nuestra fe en el inmenso misterio de que el Hijo de Dios quiso venir a la Tierra, para salvarnos y para consolarnos”². De manera que, debemos dejarnos sorprender por Dios que sale a nuestro encuentro en la encarnación de su Hijo y nos busca en todo momento.

Exclamar la sorpresa

Ahora bien, es muy recomendable expresar la sorpresa, señalarla con las mejores palabras con que contamos en nuestro lenguaje. Así lo hicieron los pastores que llegan donde el niño acostado: “*dieron a conocer lo que les habían dicho acerca de aquel niño*” (Lc 2,17). Después, cuando salen de la presencia de la Sagrada Familia, “*se volvieron glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oído y visto*” (Lc 2,20). Es necesario anunciar la sorpresa que Dios ha manifestado en la vida de cada uno de nosotros, pues la expresión de las maravillas de Dios causa alegría, sorprende a otros y contagia de optimismo y esperanza. Cuando sólo se cuenta lo negativo y se refuerza con actitudes y conductas nocivas, se contagia la desesperanza y genera ambientes violentos, tristes y pesimistas.

En medio de las noticias negativas de estos tiempos, debemos asumir la actitud de expresar las maravillas realizadas por la encarnación de Dios en la persona de Jesucristo, pues, en Él,

² Ibid.

el cielo ha bajado a la tierra y se han fusionado para que todos tengamos la oportunidad de construir el paraíso que queremos entre nosotros. Algunos quieren construir, en este mundo, infiernos destructivos y alejados de Dios que causan muertes continuas. “Sin la fe, la Navidad, el pesebre y diciembre no son nada. No tienen sentido”, señala el P. García Herreros, y nos invita a que “nos dejemos penetrar de sentimientos de adoración y de fe”³. Estamos en un tiempo kayrótico, un tiempo de salvación, que impulsa a unimos al Creador de la Vida, a construir ambientes familiares, laborales y sociales que transmitan la energía vital que recorre nuestro ser; construir ambientes de paz que posibiliten el crecimiento integral y la prosperidad en todos los aspectos, de manera que veamos al Rey de la Paz entre nosotros.

³ Ibid.



<https://www.guiainfantil.com/educacion/aprendizaje/6-ideas-cotidianas-para-educar-en-la-sorpresa-y-el-asombro-a-los-ninos/>

Meditar y retener lo aprendido

La actitud de María añade un componente interesante a la sorpresa: “guardaba todas estas cosas, y las meditaba en su corazón” (Lc 2,19). En aquel tiempo no existía la cámara del turista que guarda imágenes en la máquina, así que María tiene que grabarlas en su mente y meditarlas constantemente, para que no se olviden las maravillas divinas, para recordar constantemente las hazañas de Dios que ocurren de manera sencilla y para mantener la esperanza en la fidelidad divina. La invitación que realiza el P. García Herreros al respecto es: “Que haya campo para el silencio, que haya campo para la oración. No nos dejemos robar el recogimiento”⁴.

Es necesario guardar los buenos recuerdos, las experiencias donde hemos aprendido las maravillas del funcionamiento de la vida y las grandes obras del Creador, para que cuando lleguen los momentos difíciles, se mantenga en la retina la fidelidad divina y las hazañas gloriosas que puedan fortalecer la esperanza, el optimismo y las expresiones constructivas.

En la memoria queda el mensaje navideño del P. García Herreros, donde señala la actitud para dar cabida a Jesucristo en la vida y manifestarla con acciones específicas:

Embellizamos este diciembre haciendo una obra realmente bella a los ojos de Dios. Que este diciembre no nos coja lejos del hogar. Que diciembre vea nuestro regreso al hogar.

⁴ Ibid.

Que este diciembre esté marcado por algo especialísimo, que es la santificación del hogar, la verdadera alegría del hogar, la reconciliación de todos en el hogar⁵.

En este kayrós es necesario descubrir la actividad de Dios como Creador de la Vida que se manifiesta de maneras sencillas en la encarnación, pues desde un pesebre empezó la posibilidad de transformar la existencia y, por tanto, la sociedad. En tiempos de oscuridad es más necesaria la luz de los que viven en paz interior, para dar esperanza y mantener las acciones constructivas, pues allí está la fuerza del Evangelio, la revolución del amor.

⁵ Ibid.

NAVIDAD, LA ESCUELA PARA APRENDER A DAR Y RECIBIR

Diácono Geovanny Colorado, CJM
Equipo de la Unidad de Espiritualidad Eudista

Si algo nos ha enseñado la Navidad, el nacimiento de Jesucristo, es que Dios es ajeno ni indiferente a las realidades humanas, sino que las comprende. Esto es lo que nos dice el evangelista Mateo al afirmar que será llamado el "Emmanuel", es decir, Dios con nosotros (Mt 1,23). De modo que la historia se ha convertido en el escenario en que Dios actúa. Al asumir la condición humana se ha hecho totalmente cercano a nosotros, pues así ha logrado conocer cuán necesitada está la humanidad de la cercanía y del amor de Dios.

Navidad: una muestra de la humildad del que recibe para poder darse

Dios, como hombre, pudo conocer todas las necesidades humanas. Pero, sobre todo, en medio de su humanidad, pudo comprender que en la existencia humana se hace necesario el recibir para poder dar. La Navidad nos enseña que la Encarnación es precisamente un acto de donación, de entrega, es el acontecimiento por el cual Dios se nos da. Pero, para poder darse, en muchas ocasiones tuvo que recibir de los demás.

En efecto, Jesús, para darse a las personas con quienes interactuaba, para dar salvación, para dar salud, para dar ánimo, en muchas ocasiones

tuvo que recibir antes. ¡Qué gran acto de humildad tuvo Dios para reconocer que necesitaba recibir de los otros para poder darse! De su mamá y papá adoptivo recibió, además de lo materialmente necesario para vivir, amor y educación. Él que es la sabiduría, el Omnisciente, no sabía hablar. Pero con el cariño y la educación en casa empezó a balbucear las palabras que escuchaba de su mamá, de José y de su familia. Un día, por sorpresa y gozo de sus cercanos, dijo "mamá" y luego fue aprendiendo a decir otras palabras. Él que es la Palabra estaba en silencio para aprender a decir otras palabras; y para esto tuvo que recibir de su familia.

También, cuando llenó de buenas noticias a la mujer samaritana comenzó pidiéndole de beber. Cuando quiso la salvación de Zaqueo se hizo el invitado a comer, recibió su alimento. Mateo conoció la misericordia cuando Jesús le recibió un trago. Para dar de comer a una multitud recibió los pocos panes y peces que le ofreció un niño. En fin, habría más episodios en donde se nos muestra cómo Jesús primero recibió para poder darse. Y todo esto tiene su punto de partida desde la Navidad, que nos enseña a vivir en las dos dinámicas de Jesús: recibir y dar.



<https://co.pinterest.com/pin/303570831121262163/>

Esto parece raro, pero fue así como Dios vino a nosotros. No vino haciendo alarde de lo que tenía, su divinidad, más bien se decidió a acoger lo que no tenía: la humanidad. Asumió nuestra condición humana, se hizo lo que no era. Al venir se despojó, se hizo pobre, vulnerable y necesitado. Era un Dios que recibía, porque recibir, no sólo dar, también es divino. Con la Navidad, con su nacimiento, Dios nos enseñó que también necesitaba recibir.

Y ¿A qué nos invita esto? A reconocer que, estando llamados a ser otro Cristo, como nos lo dice san Juan Eudes, también necesitamos recibir de los demás para poder entregarnos. Recibir de Dios, de su gracia, de su Palabra, de su amor, de su misericordia. Recibir tanto que tienen por enseñarnos todos aquellos con quienes compartimos. Recibir las situaciones de la vida que se nos van presentando y nos van ayudando a formarnos. Quizá nuestra falta de donación, en algunas ocasiones, se deba al hecho de vivir cerrados al don de los demás.

Navidad: muestra del amor que transforma el Corazón y que se anuncia a los demás.

La navidad nos ha enseñado que Dios “es persona y busca a la persona. Tiene rostro y busca nuestro rostro. Tiene un corazón y busca nuestro Corazón”¹. Y lo hace de la forma más pura, inocente y bella, es decir, bajo la indefensión de un niño y no con la forma de un persona grande, fuerte y dominante. Dios no quiso esto, pues su revelación no es un imponerse por la fuerza, sino un hacerse presente para hacernos una propuesta . Lo que, en realidad, quiso fue conquistar y convertir desde dentro, con la transformación del corazón.

Esa transformación del Corazón solo es posible mediante el amor; amor de Dios hacia nosotros y de nosotros hacia el prójimo. En la Natividad, Dios nos mostró su amor. Bien lo dice san Juan Eudes en la siguiente oración “Amabilísimo niño, tú naces por amor, en amor y para amar” (OC, I, 419). De ese modo, es claro observar que el

¹ Ratzinger, El Dios de los cristianos, p.24

amor es el común denominador en la Navidad. Nace por amor hacia la humanidad, nace y crece en el amor de su familia, de manera especial de la Santísima Virgen María y sale a la vida pública para amar a toda la humanidad.

En ese sentido, la Navidad no solo es un momento, es decir, un instante en el que Dios se manifiesta y nos acompaña con todo su amor. Es y sigue siendo Navidad cuando permitimos que Dios transforme cada uno de nuestros corazones para hacernos como niños y así entregar ese amor a todos los que lo necesiten. La Navidad consiste en amar con el Corazón de Jesús.

Cuando amamos con ese mismo amor logramos comprender lo que nuestro padre Eudes afirma en una oración suya sobre la Encarnación: "Desde este momento has tenido el designio de grabar en mí una imagen perfecta de tu encarnación. De unirte a ti, de unirme tú a mí ... de llenarme de ti, de establecerte en mí, de formarte en mí para vivir y reinar allí perfectamente" (OC, I, 421). Con la Navidad comprendemos que Dios no solo nace en un pesebre, sino que quiere formarse y nacer en cada uno de nosotros. De ahí que, al permitirle formarse en nosotros, podemos amar con el amor que Él nos ha amado. Su amor vive en nosotros y nosotros hacemos vivir ese amor en los demás haciéndonos 'prójimo' (próximos). Con esto llevamos la Navidad a todos, pues nos convertimos en testigos del

amor de Dios que ha querido nacer como un niño.

La Navidad: un impulso para ser anunciadores, vivir el kerygma

Para finalizar, vale la pena decir que tanto en la experiencia del pueblo de Israel como en los primeros siglos de la iglesia y en nuestro hoy, Dios sigue caminando junto a los hombres y mujeres que le permiten que se forme y nazca en sus corazones. Todos estos se convierten en discípulos que hacen que su prójimo tenga una experiencia del amor de Dios que se hace niño; esto es, ser anunciadores.

Sin lugar a duda, la Navidad es todo un kerygma, en tanto que es un anuncio gozoso para toda la humanidad, pues el Verbo se ha hecho carne y ha puesto su morada entre nosotros (Jn ,14). En ese sentido, Jesús es kerygma de Dios porque, siendo niño, ha salido para tener un encuentro con las personas. Por tanto, cada uno de nosotros es kerygmático en cuanto tiene la capacidad de vivir el encuentro personal con Jesús y salir al encuentro de los demás, para comunicar la alegría y la locura de Dios que se hizo hombre y nació de María Virgen. Este anuncio es el que precisamente nos recuerda el ángel que va a los pastores para comunicarles esta Buena Noticia (Cf. Lc 2,11.12). Navidad es la ocasión propicia para acoger, en nuestras vidas, el amor de Dios que se fecunda en lo más pequeño y frágil para llegar a nosotros bajo la muestra de lo humano.

NAVIDAD ES DEJAR FLUIR LA ALEGRÍA QUE TIENE COMO CENTRO EL ACONTECIMIENTO DE BELÉN

P. Anyelis Sandro Cuesta Alfonso

La celebración de la navidad nos sitúa en un tiempo que evoca emociones, experiencias y anécdotas, a la vez, que para muchas personas se renueva el gozo de compartir, gracias al reencuentro con quienes por algún tiempo han estado lejanos. De esta manera, el tiempo de navidad trae consigo un aire que abraza el corazón del ser humano de bondad y lo motiva a celebrar gozosamente con los demás, dejando a un lado las adversidades o las diferencias que puede causar la manera distinta de pensar.

En el marco de un ambiente caracterizado por las luces de colores, los

villancicos, el pesebre, los regalos y otros aspectos propios, celebrar la navidad es dejar fluir la alegría que tiene como centro el acontecimiento de Belén. Al respecto, el Papa Francisco señala en su carta apostólica Admirable Signum: “La contemplación de la escena de la Navidad, nos invita a ponernos espiritualmente en camino, atraídos por la humildad de Aquel que se ha hecho hombre para encontrar a cada hombre. Y descubrimos que Él nos ama hasta el punto de unirse a nosotros, para que también nosotros podamos unirnos a Él.” (AS, 1).



<https://slideplayer.es/slide/13542665/>

De esta manera, en la navidad nos encontramos con un niño que concentra la mirada de todas las generaciones, de todos los seres humanos (grandes y pequeños, ricos y pobres). Muchos reconocen, en el pesebre, al Hijo de Dios, el esperado no sólo para su tiempo, sino también para todas las épocas, gracias a que cada vez que se celebra la navidad, renace la esperanza de forjar un mundo nuevo en el que todos seamos hermanos, en el que se aplaquen las diferencias y se establezca el reconocimiento de ser hijos de un mismo Padre, por tanto, una misma familia en el amor de Dios.

En la fragilidad de un niño, el mundo contempla la grandeza del corazón de Dios que se revela en las mismas condiciones propias de la humanidad. Señala el Papa Francisco: “El modo de actuar de Dios casi aturde, porque parece imposible que Él renuncie a su gloria para hacerse hombre como nosotros.” (AS, 8). De manera que todo este acontecimiento es un regalo de Dios a la humanidad para llamarla hacia sí y conducirla por el camino de la paz, la fraternidad y la unidad. Esta es la voluntad divina que nos revelan las sagradas escrituras, en el canto de los ángeles, la visita de los pastores (Lc 2, 14-20) y la visita de los sabios de Oriente, según el evangelio de San Mateo (Mt 2, 11).

Ahora bien, el mundo en el que vivimos es fruto de la obra creadora de Dios para que se desarrolle en armonía entre todos los seres que lo ha-

bitan. Desde la creación, tal como lo señala el libro del Génesis (Gn1-21), el mundo ha sido dispuesto bajo el visto bueno del Creador de manera que, esencialmente es la expresión de la sabiduría divina y todo está llamado a corresponder con esta esencia. Sin embargo, en el marco de libertad para elegir, que le ha sido dado al ser humano, en algún momento ha optado por caminos distintos a los dispuestos para su bienestar y de esta manera no se ha correspondido con el llamado fundamental de la unidad y la comunión divina.

En efecto, se evidencia que también conviven otras realidades que son fruto de los caminos por los que ha optado el ser humano y que desembocan en situaciones de discordia, indiferencia, exclusión, o, en otras palabras, degradación del bienestar colectivo. Lo anterior implica no solo la relación entre los seres humanos, sino las relaciones del ser humano con la naturaleza, con el planeta, que también ha recibido el impacto negativo de las acciones propias de quien ha concebido hacer su propio camino al margen de la armonía dispuesta desde la creación.

Por consiguiente, en este marco de situaciones en que se evidencia el deterioro del bienestar para el ser humano y cuanto lo rodea, navidad es un tiempo de gracia para redireccionar las acciones, pensamientos y deseos que han fracturado la unidad de la vida en el mundo. Como afirma el Papa Francisco, “contemplando esta

escena de Belén, estamos llamados a reflexionar sobre la responsabilidad que cada cristiano tiene de ser evangelizador. Cada uno de nosotros se hace portador de la Buena Noticia con los que encuentra, testimoniando con acciones concretas de misericordia la alegría de haber encontrado a Jesús y su amor." (AS, 9). En este sentido, navidad es un tiempo propicio para fortalecer la fraternidad y la convivencia con toda la creación, a fin de garantizar que todos tengan su lugar y puedan realizarse y llevar a término la mejor expresión por la que han sido llamados a la vida.

La presencia del niño Jesús que hizo nacer de la boca de los pastores expresiones de alabanza y que llenó sus corazones de alegría, nos contagie para avanzar en medio de situaciones que desafían el bienestar y la unidad. Que no se imponga el yugo de la indiferencia o la falta de la caridad, sino que, contemplando al niño de Belén se renueve toda riqueza espiritual en el corazón del ser humano, para hacer cada día del mundo un espacio en el que todos tengamos un lugar para adorar y contemplar a la fuente de todo bien.